

# A Miguel, Conde de Canilleros

(Elegía)

Y te seguía viendo como entonces,  
sosteniendo la cabeza entre tus manos  
no sé si en sueños o en historia revivida  
o acaso en leyenda imaginada en los rincones.

Miguel, Miguel —cuantos Migueles muertos—  
y cuantas sombras inundan los tejados,  
reclamando tu nombre, tu memoria  
tu doloroso recuerdo entre la flor-estrella.

Te sigo viendo amigo, pausadamente  
en el antiguo barrio que enseñabas,  
y oigo tu voz hecha tomillo-aurora entre la noche  
dejando un vacío de silencios.

Miguel repite el arco y la calleja  
y es tu nombre final como una ausencia  
para aquellos que un día recogimos  
tu último abrazo de efusiones.

Cáceres último cielo, nube postrera  
cuando el año empezaba y en tu primera fila  
tus ojos removían homenajes del poeta Galán  
rebotando en mis versos cansados de esperanza.

Conde de Canilleros tu figura, tu andamiaje,  
tu poderosa luz cuando enseñabas,  
ha vuelto aquí en primavera verde  
al rincón de mi amistad inolvidable.

Miguel Muñoz, poeta de la noche  
andariego feliz de amaneceres  
enamorado sombra cacereña,  
presente estás en mi oración ardiente.

José LEDESMA CRIADO.

Salamanca, Mayo 1972.

## RECUERDOS

# La espina de la crítica

Por Miguel MUÑOZ DE SAN PEDRO (†)

Conde de Canilleros

**D**URANTE unos cuantos años, a Enrique Jardiel Poncela se le veía diariamente en el madrileño *Café Gijón*. Pasaba allí las horas, escribiendo o charlando con un limitadísimo número de contertulios.

La frecuente vecindad de mesas, trajo el contacto con el original escritor, al que confieso que admiré siempre. Se inició el trato, después del estreno de la comedia *Los ladrones somos gente honrada*, que obtuvo un éxito sensacional. Siguió luego estrenando obras, geniales unas y desacertadas otras, que dieron lugar a numerosos comentarios de crítica y público.

Jardiel Poncela había nacido en Madrid, el 15 de Julio de 1901. Su padre era aragonés y su madre castellana. Inició sus actividades como periodista en *La Correspondencia de España*, publicando en 1923 su primera novela, *El plano astral*, a la que siguieron otras cortas. Su aparición en el teatro la hizo en 1927, con la comedia *Una noche de primavera sin sueño*, que fue un gran éxito. Salieron luego sus primeros cuentos, siguiendo ya en ininterrumpida serie sus grandes novelas, *Amor se escribe sin hache*, *Espérame en Siberia*, *vida mía*, *Pero ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?* y *La turné de Dios*. En el teatro también continuaron sus éxitos. En toda su obra se agitaba un espíritu de renovación, una originalidad peculiarísima y un humor desbordado. Escribió también guiones de cine y estuvo contratado en Hollywood.

Jardiel fue creador de un género teatral que ha formado escuela con infinitos imitadores. El que los críticos no lo proclamasen siempre así, forjó en su temperamento, extraño y exaltado, una reacción honda y permanente de fobia, algo que llegó a ser obsesivo y sobre lo que escribió mucho, pues no era dado a contemplaciones ni diplomacia.

En mis breves charlas, no recuerdo haberle oído otro tema. Precisamente, un día que quise yo variarlo, se trató con más intensidad que nunca. Me aventuré a decirle que había un cambio absoluto de clima moral entre sus obras de los primeros tiempos y las de los últimos, ya que aquellas eran harto escabrosas y éstas totalmente limpias.

—Piense usted lo que quiera —dijo—. Cuestión de años o de circunstancias.

Y rápidamente se fue a la crítica:

—Los críticos no se ocupan de esas cuestiones morales —comentó—. Realmente, no se ocupan de nada... o se ocupan de lo que les interesa.

—No te desboques, Enrique —le dijo uno de sus amigos—. Hay que vivir con la crítica.

—Querrás decir, hay que morir —replicó—, porque si no se lucha contra ella, termina matando.

—El público es el que decide —intervine, deseoso de aplacarle—. Lo que interesa es que el teatro se llene y que se aplauda mucho. Después de leer críticas adversas, he ido a ver comedias que me parecieron muy buenas.

—Porque en el fondo —comentó—, usted detesta la crítica.

—No la detesto —dije—, porque la creo necesaria, siempre que se ejerza honradamente.

¿Por qué diría yo aquello? Jardiel tomó la palabra. Excitado y elocuente, nos hizo una disección terrible y desmoralizadora de crítica y críticos. Todos optamos por callar y dejarle que se desahogara. Cuando puso fin a su perorata, me despedí. Uno de sus contertulios salió conmigo a la calle:

—Usted no conoce a Enrique —me dijo—. Es extraño y apasionado. Todo en él se sale de los cauces normales. Su vida está llena de cosas incomprensibles. Su salud es mala; su economía, peor. La gira por América, con una compañía para representar su teatro, le trajo la ruina. Vive amargado. Toda su amargura la desahoga con los críticos. Morirá llevándose clavada en el corazón la espina de la crítica.

Jardiel Poncela dejó poco después de ir por el *Gijón*. Se había mudado de café. No volví a verle. Hasta el final siguió batallando con los críticos. En 1952, cuando supe la noticia de su muerte, recordé las palabras que me dijo su amigo. No hay duda de que se fue llevándose clavada en el corazón la espina de la crítica...



ALCANTARA continuará publicando, hasta su total extinción, la serie de valiosos y amenos «Recuerdos» que el Conde de Canilleros, preclaro colaborador y eminente figura de las humanidades extremeñas entregados, y que constituyen todos juntos un valioso álbum anecdótico que muchas publicaciones nacionales envidiarían. Para nuestra región tienen el especial aliciente de presentar estas figuras de la pequeña historia a través de la visión de una mente despejada de uno de sus hijos más ilustres.